

INTRODUCCIÓN

Hoy, 1 de julio de 2021, me despierto de ese estado de coma en el que he permanecido por mucho tiempo, desconectada, como si me hubiesen intubado y conectado a un ventilador mecánico por una infección de COVID-19 en algún hospital público donde hubiese una cama disponible para mí en alguna ciudad del país en el que me encuentro ahora, Perú, sin saber si habrá un mañana.

Dentro de las numerosas versiones que tengo de mí —por eso me llaman multifacética—, hoy vuelvo a renacer como escritora. Te confieso que era algo pendiente que tenía desde hacía meses, pero no encontraba el momento de ponerme delante del portátil y abrir una hoja de Word para empezar a escribir mi segundo libro. No encontraba el momento, o quizás no quería encontrarlo. La verdadera razón de no escribir es que, simplemente, no quería hacerlo. No era el momento correcto para mí. No sentía que estaba bien conmigo misma. Porque, simplemente, a cada rato sentía miedo.

Puedo describir ese sentimiento como mi estado desde que inició esta *bendita*, por no decir otra cosa, pandemia. He de reconocer que siempre he tenido ciertos miedos o, mejor dicho, inseguridades. Pero nunca había vivido tanto tiempo en un miedo constante.

¿Miedo a qué?, te preguntarás. Pues a casi todo. Tenía miedo de no volver a pasar momentos con mi familia, miedo de no

volver a ver a la abueli, a mis padres, a mis hermanas, a mis amigas Marga y Mirka. Miedo de no volver a hablar con mi amigo Marc de nuestras historias mientras tomamos un café, nos decimos lo mucho que nos queremos y nos ponemos al día de nuestras vidas. Miedo de no hacer las escapadas a Navarra para ver a mis primos, de quedarme a dormir en la casa de mis padrinos y sentir que, cada vez que llego, todo sigue igual que lo dejé. Es uno de los lugares donde más a gusto me siento, donde puedo decir que estoy en casa.

Tenía miedo de no volver a pasar un fin de semana tirada en el sofá viendo un películón después de comer un delicioso plato preparado por mi tío Jesús en Sant Cugat del Vallès, mientras hablamos de mis objetivos y metas, acurrucados, dándonos mimos y abrazándonos. Tenía miedo porque todo era incierto. No sabía qué nos deparaba el mañana. Tenía miedo de recibir una mala noticia, de que alguien de mi familia muriera por esta enfermedad que ha llegado a nuestras vidas, a nuestro barrio, a nuestro trabajo, para quedarse, al menos por un buen tiempo.

Tenía miedo de contagiarme, de contagiar a los de mi entorno, a la familia de mi hermano Joaquín. Tenía miedo de no saber ayudar bien a mis pacientes cuando me decían que se sentían muy mal y que los medicamentos habituales para el dolor no les calmaban. Tenía miedo de morir, de que mi vida, de un momento a otro, se esfumase y no pudiese hacer todas las cosas que me había propuesto. Tenía miedo de perder a la persona que en ese momento estaba a mi lado, de que dejase de quererme y, sobre todo, de perderme a mí misma. También tenía miedo de salir a la calle, de estar en contacto con las personas.

Tenía miedo de no estar a la altura de las circunstancias, de perder el control, de rendirme, de no querer esta vida, de no encontrarle sentido a levantarme todas las mañanas. Miedo de perder la fe en Dios, conforme esta enfermedad arrasaba con familias enteras, niños con un futuro por delante y dejando huérfanos a mis compañeros de la universidad. Miedo de quedarme sin maestros y sin compañeros médicos, pues cada día el Colegio Médico anunciaba una muerte más.

Nunca había tenido tanto miedo de que no me gustase la vida que me había tocado vivir, de convertirme en alguien que no me gustara y de no querer o no tener las suficientes fuerzas para poder cambiarlo. Mi carácter había cambiado. Esa parte de mí que se enfadaba, que tenía inseguridades, que estaba disconforme conmigo misma, estaba ganando terreno en la batalla. Ya no tenía paciencia. Ya no era la chica alegre, valiente y *echá pa'lante*, como siempre me han dicho los que me conocen bien y me quieren. Solo repetía frases como las que hemos estado diciendo desde los primeros meses de la pandemia: “*Este virus lo paramos unidos*”, “*Quédate en casa*”, “*Nada es para siempre*”, “*Solo espero que esto se acabe*”.

No es la forma más bonita o entusiasta de empezar un libro. Simplemente, es la realidad: la mía, o tal vez la tuya. Solo de pensar en lo que he vivido y en el martirio que han pasado mi entorno y las personas que me han permitido conocer su historia, me cuesta continuar escribiendo sin hacer un esfuerzo inmenso por no derramar lágrimas. Porque, sinceramente, el mundo ha vivido un maldito infierno con un invasor llamado SARS-CoV-2 o, como muchos lo han llamado, *el bicho*.

Y, por si fuera poco, ha surgido un personaje que hasta ahora estaba oculto y que ha salido en la pandemia para demostrarlos, una vez más, que si las cosas ya estaban feas, no te preocupes, el ser humano se encargará de complicarlas más con disputas absurdas económicas, culturales, políticas y sanitarias. Siempre estropeándolo todo, porque, simplemente, todavía no somos capaces de darnos cuenta de que el sentido de la vida está en ayudar a los demás y en dejar huella en este mundo con buenas acciones, y no por pasar por encima de los demás.

Gracias, Marga. Hoy, mientras escuchaba tu audio de 12 minutos, me di cuenta de la seguridad y confianza que tienes puesta en mí. Por alguna razón que aún desconozco, sabes que me espera un futuro alentador y ves en mí a una persona que sabe mirar hacia adelante, por más adversidades que se le presenten en el camino, y que consigue lo que se propone. Me hiciste recordar quién soy.

Así que he dejado de lado algunas cosas que tenía que hacer, me he sentado delante del portátil y aquí estoy. Gracias, *amore*, no sabes lo que has conseguido hoy con ese audio:

Elisabetta Gentile, autora de Nuestra situación actual, ha vuelto.

Y esta vez, para quedarse.

Acompáñame, querido lector. Sé parte de mi historia, de nuestra historia